

Lubrani rebuscó en los bolsillos de su cazadora empapada y encontró una llave. Le dio la vuelta y la introdujo suavemente en la cerradura. Llegamos a una casa pequeña y tranquila, y la puerta se cerró detrás de nosotros. Una ola de calor nos inundó. La calefacción ardía, pero el aire de la casa no era asfixiante, porque las ventanas estaban abiertas de par en par y los restos de las tormentas desbocadas hacían volar las sencillas cortinas. Lubrani estiró los brazos y cerró los ojos con doloroso anhelo, bebiéndose el calor.

—El cansancio fluye hacia nosotros... —dijeron sus labios con una voz suave, que no era la suya.

La casa estaba resplandeciente, y solo tenía dos habitaciones separadas por una gran puerta. Las dos carecían del mobiliario habitual, y lo único que había eran dos camas, una cama en cada habitación.

Observé las camas con temor. Eran gigantescas, anchas y altas. Estaban situadas en medio de cada habitación sobre altas tarimas de madera pulida y barnizada, de modo que toda la habitación cuadrada parecía una cama grande donde, a través de los grandes ventanales, el que dormía en ella podía contemplar el arco de la montaña que se cerraba sobre un valle verde y frondoso que se extendía hasta el horizonte.

Lubrani y yo nos quedamos petrificados. Las camas estaban hechas con demente meticulosidad, con impecables sábanas tensas y blancas. Las almohadas, unas mullidas almohadas de plumas, estaban dispuestas en un ángulo recto perfecto, y las mantas colgaban en línea recta a lo largo de la cama. De pronto sentí que Lubrani me clavaba la vista. Me giré hacia él y vi su cara desencajada y pálida. Me lanzó una sonrisa muda y melancólica.

—¿Qué es esto...? —mis labios temblaron.

—Son mis camas —respondió con calma—, yo vivo aquí.

Bajó la vista, y sus pequeños y verdosos ojos recorrieron la cama con avidez. Luego se acercó y se sentó a sus pies, al borde de la tarima de madera. Sus ojos brillaron con una expresión extraña, susurró:

—A dormir...

Recorrió con la mano la superficie de la sábana tensa.

—Me paso días enteros tendido aquí —y se quedó adormilado.

Se le abrió la boca con placer.

—De una cama a la otra, y luego de vuelta a la primera... Me paso semanas enteras tumbado en ellas.

Las olas de frío saltaban por las ventanas abiertas, entremezclándose y estremeciéndose con el chorro de calor que salía sin cesar de las paredes. Yo estaba cansado. La cara aún me escocía por los golpes de la lluvia, sentía debilidad en las piernas y me tambaleaba. Lubrani tenía la cabeza inclinada. En sigilo, di dos pasos hacia él y pregunté sorprendido, en voz baja:

—¿Cómo se puede dormir tanto?

Él siguió tan tranquilo, como si no hubiese oído nada. Pero de repente cayó de rodillas y agarró con fuerza las patas de la cama, como aferrándose a los cuernos del altar.

—No lo comprendes... no lo comprendes... no se descansa, se duerme... se duerme...

Sus labios flotaban sobre el frío hierro del cabecero de la cama, casi besándolo. Sus ojos soñaban.

—Yo trabajo para dormir. Entre un sueño y otro, como. Pero la vida verdadera ocurre aquí.

Ocultó el puño suavemente en el seno de la manta.

Poco a poco fue reinando un largo silencio.

Yo quería caer sobre la maravillosa cama. Las alternantes olas de frío y de calor me produjeron un cansancio febril. Donde yo estaba se había formado ya un pequeño charco del agua que chorreaba de mis sucias vestiduras. Todo se nubló frente a mí, cerré los ojos con fuerza durante un buen rato y, cuando los abrí, todo estaba gris y borroso. Lubrani ya había agachado la cabeza y la había apoyado sobre la tarima. Tenía los ojos cerrados y el sopor los acariciaba.

Di unos pasos más hacia él. Ahora estaba justo encima de él.

—Lubrani... Lubrani... —murmuré—, no me dejes solo... Hemos dicho que a dormir...

Abrió lentamente los ojos, irguió la cabeza con un lento movimiento

giratorio, me lanzó una gran sonrisa. Luego se levantó tranquilamente y dijo:

—A dormir.

Se acercó enseguida a las ventanas y, con mano ágil y experta, fue cerrando las contraventanas una tras otra y dejando las ventanas abiertas de par en par. La penumbra envolvió la habitación, solo una débil luz se filtraba por las rendijas que había dejado a propósito. Me ayudó a quitarme el abrigo y lo puso sobre el radiador situado en el pasillo. Se fue a la otra habitación y regresó con un fino camisón de colores, planchado y almidonado. Lo dejó sobre la cama delante de mí y, cuando salió, cerró la puerta que separaba las dos habitaciones.

Me quité la ropa y los zapatos y, con manos delicadas, me cubrí con el aromático camisón, como si fueran vestiduras sacerdotales. Descalzo, me acerqué a la ventana y el borde del camisón fluía como pequeñas olas por el suelo. Por una ranura de la contraventana miré hacia fuera.

Sobre el mundo caía la lluvia, fuerte y brumosa. Había un rumor constante sobre el pavimento gris de la calle silenciosa. En las lejanas cadenas montañosas había nubes que se rompían en silencio, y una lluvia lejana y muda era movida allí por pequeños hilos. En todo el cielo no había ni una pizca de azul, en las profundidades del horizonte no quedaba ni un trecho de esperanza para aquellos que portaban los cubos.

Y me poseyó la felicidad.

Subí fascinado a la tarima, me acerqué a la cama y caí sobre ella, y poco a poco fui serpenteando bajo la suave manta. Un fuerte y subyugante escalofrío me recorrió. Cerré los ojos dulcemente, y froté mis piernas desnudas, peludas, la una con la otra. ¡Qué maravillosa era aquella cama blanca! ¡Qué profunda la suavidad oculta tras la tensa y fresca sábana!

Quise llorar de tanto placer que me había caído en suerte, me acurrugué, me encogí. Poco a poco me fue atrapando un fuerte sopor, y me sumergí en la densa oscuridad.

En sueños volví a encontrarme a mí mismo. Estos subían lentamente por un mundo peculiar, nuevo; allí

yo caminaba seguro tras un grupo de personas vestidas de blanco y prece-didas por una moto vieja y oxidada que avanzaba a trompicones y soltan-do mucho humo.

Desde allí caminé hacia la primave-ra y fui hacia un valle lleno de agua, verde y florido, hacia una mujer desnuda de piel morena que esta-ba tumbada sobre la hierba entre los árboles, a lo largo de los curvos meandros del valle. Me zambullí en sus ojos marrones, oscuros, y mudo y agitado quise su cuerpo. Ella acarició mi rostro, y el placer me inundó. Me lancé sobre su suave cuerpo y encen-dí mis besos con pasión. Ardía en deseos de recorrer con mis labios sus florecientes miembros y no presté atención a la gente que pasaba por el río y observaba mis actos con indulgencia. Pero yo ya había empe-zado a perder a la mujer, a deslizar-me hasta revolcarme en el río. Mis labios perdieron la dulce piel de la mujer y empezaron a besar el agua que fluía de los pies limpios de la muchedumbre.

La gente me pisoteaba con deli-cadeza. Llegaron multitudes para caminar sobre mi cabeza y para aplastarme en la tierra del río. Sus pies rodearon mi cuello, presiona-ron mi boca que tragaba sin cesar, hasta la asfixia, aguas blancas y blan-das. Todo mi cuerpo fue tragado por la tierra mojada, y tan solo mi cabe-za sobresalía de la tierra.

—Estoy cansada... —les susurró mi cabeza por encima de la tierra.

—Duerme... duerme... —marchaban suavemente sobre mí.

Me acurruqué en la manta. La feli-cidad me embriagaba al oír el rumor incesante del mundo fluyente. La luz de las ranuras escudriñaba la oscu-ridad con una dulce despreocupa-ción. De la otra habitación llegaba la respiración tranquila del hombre del sueño.

Volvía a caer en un vasto sueño, dur-miéndome y despertándome alter-nativamente. En algún lugar pasaron las horas sin remuneración, mientras el tiempo fluía con largas y borro-sas ondas sobre pantallas grisáceas. Bebí el aire puro que corría sin cesar por las ventanas abiertas, y me iba debilitando.

Cuando por fin abrí los ojos, no sabía dónde estaba. Pero compren-dí que todo había terminado. No dormiría más. La habitación estaba completamente a oscuras, ni un rayo de luz penetraba por las contraven-tanas. Agucé el oído para compro-bar si había cesado la lluvia, y volvió a mis oídos el murmullo sordo del agua. Me entró un escalofrío. Me levanté, recogí mi ropa y me la puse a oscuras. De la habitación conti-gua no llegaba ni el más leve susur-ro. Lubrani no se había despertado. Quise saber qué hora era, pero no tenía reloj. Busqué el abrigo moja-do y lo encontré tendido sobre los tubos de la calefacción, deforma-do y ardiendo. Con los zapatos en la mano fui a tientas hacia la puer-ta divisoria. Entré en la habitación de Lubrani.

Con un brazo tendido hacia de-lante de una forma que despertaba compasión, con el cuerpo cubierto por la ropa interior como envuel-to en un sudario, dormía Lubrani. Me detuve junto a la tarima, sin decir nada. Mis ojos revolotearon sobre su cuerpo inerte tendido por encima de mí. Cuando mi mirada volvió hacia su cara descubierta, vi que tenía los ojos abiertos de par en par y que me miraban en silencio. Eran diáfanos, como si no hubie-se dormido durante todas las horas que habían pasado.

—He dormido... —le dije, con los ojos pegados a los suyos.

Su cabeza negra se movió con pro-funda seriedad sobre la almohada. Guardó silencio.

De repente me vino el recuerdo agudo de los peculiares sueños. Comencé a hablar con gran excitación:

—He soñado... con un valle verde... en primavera... —mi voz se quebró. Era imposible explicar nada.

Una débil sonrisa se encendió en sus labios por un instante.

—¿También tú sueñas?

—Soñaba. Pero ahora ya no... mi sueño está vacío... así es mejor...

Me dispuse a marcharme, pero de repente cambié de idea.

—¿No te vas a levantar? ¿No vas a ir a la ciudad?

La desesperación inundó sus ojos pequeños y claros.

—No —susurró—, yo me quedo dur-miendo hasta el amanecer... hasta el próximo atardecer... o más... no estoy satisfecho... más, más...

Salí de su casa hacia la calle ilu-minada por la luz parpadeante de las farolas. El cielo estaba negro y frío, y las nubes agitadas por el viento tapa-ban y destapaban las estrellas lejanas. La lluvia dio una pequeña tregua, pero al oeste desprovisto de casas ya se habían acumulado montones de nubarrones negros. Todo era mur-mullo de agua. Los canalones rugían, ríos de agua corrían hacia las alcanta-rillas. Gotas espesas y cargadas caían de los frondosos árboles que bordea-ban la carretera. Era la primera hora de la tarde, y las calles bullían de gen-tes. Radiante y saciado caminé entre la gente que corría cansada, conlui-da su jornada de trabajo, para prepa-rarse para una tempestuosa noche de placeres. Jamás había sido tan diáfano, jamás había sido tan transparen-te, como en aquel momento de tregua en el que caminaba despacio hacia mi barrio. Lentamente me fui aproxi-mando hacia las calles estrechas cerca-nas a mi gran casa, ya había empezado a pisotear los charcos embarrados.

Como de costumbre, el compa-ñero Sidon estaba sentado en el segundo peldaño, regocijándose de la alegría por el trabajo de los demás. Cuando me vio llegar por nuestra calle oscura, caminando desgarba-do y con los ojos fijos en el suelo, le entró una gran alegría. Al parecer todos habían regresado ya, y solo estaba esperando para recogerme a mí. Con habilidad agarró sus desgastadas muletas, que estaban caídas delante de él. Se irguió retorciéndo-se y se quedó plantado en el hueco de la puerta inclinado con avidez hacia mí. Me acerqué a él alzan-do la vista hacia su rostro lleno de cicatrices.

—¡Un día de trabajo! —dijo con exagerado entusiasmo—. Un día reple-to de...

Miré directamente a sus inquietos ojos y respondí con la calma que había adquirido ese día:

—Un día duro.

—Es el cementado, amigo —se acercó un poco a mí con sus piernas amputadas, pegando su boca sucia a

mi cara—. Mira tu ropa sucia, observa tus ojos hinchados. De todos es sabido que no se deja el cementado de un edificio a medias.

De pronto, empezaron a caer sobre nosotros gotas de lluvia, grandes y lentas. Apreté los puños con fuerza, me daba vueltas la cabeza. Salté al primer peldaño y metí la cabeza gruñendo.

—El edificio es grande... es inmenso... y los cubos son pesados y se amontonan... no hay quien los suba...

La excitación me hizo un nudo en la garganta, y la lluvia me estaba empapando el cabello. Él permaneció frente a mí atónito y callado. Añadí con voz llorosa:

—Me dejo el alma en el trabajo.

Cada palabra le hería.

Sus ojos se agitaban con compasión, mientras se balanceaba sobre sus muletas como si quisiera lanzarse a mi cuello y apartarme con sus escuálidos brazos.

—Así es... —se le quebró la voz—, no queda tiempo...

—No, no queda —confirmé en voz baja.

Hubo un momento de silencio, hasta que de pronto cambió de idea, se apartó del umbral y me dejó libre el camino.

—Vete, amigo; vete, muchacho; vete a dormir...

Llegué a mi estrecha habitación, a las cuatro paredes descoloridas y desconchadas. Estaba oscura, pero no quise encender la luz. Me acerqué a mi pequeña cama, cuya blancura resplandecía en la penumbra, me detuve ante la ventana cuadrada, sencilla, por la que se filtraba la luz pálida de las farolas. Observé atentamente la cama deshecha, la sábana enrollada, la manta arrugada, tirada en el suelo, la almohada sucia. De pronto me entraron ganas de hacer la cama, y me puse a ello con entusiasmo.

La jornada de trabajo había terminado.

No estaba cansado. Estaba saciado de sueño y me sentía puro. Pero la ventana estaba sucia y la luz que entraba por ella era blanca y sencilla. Dejé caer los párpados sobre mis ojos que, en la oscuridad atestada de cosas de la habitación, se afanaban en

que yo llegase a otra oscuridad, serena, vacía. Me acordé de Lubrani, que dormía con tenaz desesperación en su gigantesca cama, allá lejos, en la casa frente al valle verde. De pronto me entró nostalgia de los sueños que había tenido durante todo aquel día. De los sueños que jamás volvería a recordar, de los sueños que jamás olvidaría.

¿Qué quedaba por hacer? ¿Qué quedaba que no hubiese hecho ya?

No, no estaba cansado. Por sí solas, mis manos me quitaron el apestoso mono de trabajo y yo me fui desprendiendo poco a poco de él. En ropa interior me lancé hacia la cama, y me rugieron todas las tripas. Una ligera calidez me rozó, y sentí una punzada de pena en el corazón. Permanecí tumbado con los ojos abiertos frente a la penumbra, mordiéndome con rabia los labios hasta hacerme sangre. Pero una pantalla gris cubrió la pálida ventana y redujo todo mi ser a esa superficie lisa que hay entre los ojos.

¿Vendrían los sueños? —

Traducción del hebreo de Raquel García Lozano.

Yani en la montaña

DAVID GROSSMAN

Ras Ajlah, Sinaí. Domingo. Media noche.

También en el comedor penetraba el viento. En una de las ventanas la manilla de hierro se había desprendido de la madera podrida, y el marco vacío —porque el cristal debía de haberse roto hacía tiempo— golpeaba una y otra vez el alféizar de madera.

Nos encontrábamos sentados alrededor de la única mesa que quedaba en el barracón grande. Seis hombres con capotes militares, cada uno envuelto en el suyo y clavando la mirada turbia en la taza de plástico que sosteníamos entre las manos. En el aire flotaban los vapores del té que se enfriaba.



Ilustración: LETRAS LIBRES / León Braojos